SIEMPRE LEJOS

AUN te acuerdas de mí? ¿aun no has borrado
en la historia, mi bien, de tu pasado
de nuestro breve amor la breve historia?
¿Aun vive en tu memoria
huraño, melancólico y sombrío,
como el león en lo hondo de su cueva,
aquel amor que te inspiré, y que lleva
el mal al que lo siente, por ser mío?

¡Oh, cuánto tiempo, cuánto
ha transcurrido desde entonces! ¡llanto
ardiente y silencioso
en mis noches eternas, sin reposo,
ha surcado mis pálidas mejillas,

y llegar estoy viendo entre dolores
la estación de las flores amarillas
tras la estación de las lozanas flores!

Yo no sé si estás triste... ¡Yo estoy triste!
Mi pensamiento con crespones viste
lo que antes fué su anhelo,
y triste está la tierra y triste el cielo;
y á ti en tal soledad y en tal tristeza
me vuelvo en mi agonía,
soñando con que siento tu cabeza
amante reposar junto á la mía.

Nos vimos en el mundo
un instante no más, sólo un segundo;
pero al decirme adiós, en la tranquila
negra profundidad de tu pupila,
mi alma ansiosa de amor, vió tras la calma
llena de paz de tu mirada aquella,
entre negruras asomarse tu alma,
como asoma entre nubes una estrella.

Desde entonces te amé... ¡quiso la suerte
que no pudiera verte
sino á través de la distancia larga!
¡Qué peregrinación ¡ay! tan amarga

la que hicieron tu espíritu y el mío,
para hallarse, á pesar de la fortuna,
en el pálido rayo de la luna,
los dos temblando de congoja y frío!

Sin embargo, ¡qué hermosas esas citas!
¡qué llenas de infinitas
sensaciones extrañas!... ¡Quién pudiera,
como se ve florear la primavera
tras el invierno mustio y aterido,
ver regresar alegre y en parvadas,
al pobre corazón que fué su nido,
las aves de las dichas olvidadas!...

¡Pero esas nunca vuelven!
como las nubes altas se disuelven
al soplo de una brisa que no halaga,
y el alma sola vaga
entre otras almas solas, que en la tierra,
friolentas, se acurrucan en el quicio
de puertas que impasible el daño cierra,
y que no logra abrir el sacrificio!...

. . . . . .

¡Ánimo y á luchar!... ¡corra la vida
como corre escondida
fuente que su cristal rompe entre piedras;

abra su eterna flor, como las hiedras
florecen entre ruinas, mi seguro
cariño que aun resiste á tanto estrago,
y flote en mi alma, como en roto muro
flota, al soplo del viento, el jaramago!

GOTA DE ACÍBAR

DESPUÉS del bienestar viene el hastío;
tras las nubes de gualda, nubes negras,
y en pos del tiempo de las verdes hojas,
el tiempo largo de las hojas secas!

Ya no puedo, estación de los amores,
cantarte ufano como yo quisiera;
yo sé que sólo existe un esqueleto
en el fondo de todas las bellezas!

¿Quieres un himno?... ¿Para qué...? Más tarde,
cuando al polvo mi ser al cabo vuelva
y una mi polvo al tuyo, cantaremos
estrechamente unidos, Primavera!

Yo pasaré también; y será entonces
de mis canciones, la canción más bella,
la que entone mi cuerpo disgregado
cuando contigo por abril florezca!

Deja entre tanto enmudecer mi lira
y que en las sombras del olvido duerma;
tú tendrás tu canción, pero más tarde;
¡te emplazo para entonces, Primavera!

VANO ANHELO

Ave de la ilusión, tu azul plumaje
sólo un punto esmaltó mi niebla obscura;
duraste ante mi vista lo que dura
del crepúsculo el último celaje.

Al ver en mi heredad mustio el ramaje,
sin verdor y sin flores la llanura,
en pos de bienestar y de ventura
cantando alegre proseguiste el viaje.

Cambia tu raudo y caprichoso vuelo;
no alcanzarás la calma que te incita;
es inútil tu afán, vano tu anhelo;

Si en su nido la paz te ha dado cita,
deja la tierra y piérdete en el cielo;
¡que el bien no existe donde el hombre habita!

JUNTO AL LAGO

Voy á plantar mi tienda junto al lago
y á reposar á solas un instante,
antes de que despliegue el manso viento,
de mi barquilla el cándido velamen.

Del camino que alegre he recorrido
tengo sólo recuerdos enervantes,
ilusiones perdidas, flores secas,
desengaños de amor y veleidades.

No sé lo que me espera en la otra orilla;
mas si han de ser mis alegrías de antes,
¡ábrete, lago azul, y que tu seno
le sirva de sepulcro á mi cadáver!

Á UNA MUERTA

Lo esperaba hace tiempo, me lo dijo
el fuego que brillaba en tu pupila,
semejante á los fuegos que, en las noches,
sobre las tumbas brillan.

El eco de tu voz, cuando me hablabas
de imposibles soñadas alegrías,
con su cadencia fatigada y triste
también me lo decía.

Me lo dijo una vez el desconsuelo,
lleno de abnegación, de tu sonrisa,
cuando amor te juraba, y cariñosa
creer en mi amor y en mi lealtad fingías.

¡Pobre alma noble y resignada, el mundo
cruzaste en vano mendigando dichas,

como en vano en las tardes del invierno
busca un rayo de sol la golondrina!

Fué para ti fugaz la primavera:
¡su última margarita,
no te engañó al decirte deshojada,
que el amor en la tierra era mentira!...

Vé á descansar, materia, en el sepulcro;
ven, espíritu, á mí, ven y adivina
que es mi amor de ultratumba y que por eso
aquí no te quería.

Ven, y que el lazo del eterno fluido,
tu alma desencarnada una á la mía,
cuando sus áureos cálices las flores
abran al beso de nocturna brisa.

Ven á enseñarme, mientras doy al sueño
el cuerpo que han rendido las fatigas,
el místico sendero que conduce
de esta vida mortal, á eterna vida.

Y pueda allí, cuando abandone alegre
el barro de mi cuerpo, hallar la lira
que en el triste saúz del desengaño
colgué en silencio cuando tú partías!

SÓLO ENTONCES

No preguntes por ella, golondrina;
como tú en el invierno,
en pos huyó de limpios horizontes,
de verdes campos y de azules cielos.

Aquí está todavía lo que amaba,
pero marchito y seco;
este es aquel rosal que tantas veces
adornó con sus flores sus cabellos.

No lo conoces ya ¿verdad? ¡Qué mustio
se doblega hasta el suelo!
¡Con qué triste rumor sus secas hojas
se alejan arrastradas por el viento!

Mira la jaula de varillas de oro;
está vacía; ha muerto,
al morir una tarde nebulosa,
de frío y de dolor nuestro jilguero.

Mira el banco de piedra en que solía,
en más felices tiempos,
reclinada en mi hombro, darles forma,
color y vida á nuestros vagos sueños.

Míralo cómo está, ya no es el mismo;
hoy, de musgo cubierto,
es olvidada lápida que cubre
la tumba en que reposan mis recuerdos.

Y aquí mi lira está, mi pobre lira
que yace en el silencio;
que ya no guarda entre sus cuerdas rotas,
de mis canciones de placer ni un eco...

Ya lo ves, como tú, mi dulce amiga
al llegar el invierno,
ansiosa de calor, tendió las alas,
cruzó el espacio, y se perdió en el cielo.

Tal vez más tarde, al rayo de la luna,

mires entre el misterio
del tupido follaje, nuestras sombras
unidas recorrer estos senderos.

Busca entonces mi nombre, golondrina,
en un verde rincón del cementerio,
que sólo nos verán otra vez juntos,
cuando florezca abril sobre mi cuerpo!

¡PERDÓN!

Mi espíritu abatió soplo de angustia,
y por mi propio mal caíste herida,
como, al caer el roble, rueda mustia
la campánula azul, al tronco asida.

Yo provoqué el dolor en mi demencia,
corriendo en pos de los placeres ciego;
tronché mil flores, aspiré su esencia,
y pude ingrato despreciarlas luego.

Y audaz y sin temor, ansiando sólo
dar forma á una quimérica esperanza,
no vi que lentas apiñaba el dolo
nubes de tempestad en lontananza.

Y cuando al fin tu amor, puro, inocente,
me apartaba del borde del abismo,
la tormenta estalló sobre mi frente
y nos hirió á los dos un rayo mismo.

¿Por qué caí de hinojos al mirarte?
¡Ay! ¿por qué no pensé que bien podrías,
violeta de mis campos, marchitarte
al rudo soplo de las culpas mías!

FLOREAL

Ven á mi lado, ven, mi adorada,
mi mariposa de alas de luz;
ven, que ya es hora;
ya la alborada
alegre dora
el bosque, el llano, la cumbre helada
y el cielo azul.

—

Todos saludan al nuevo día,
cantan las aves y gime el mar;
ya el sol asoma;
ven, reina mía;
une, paloma,
tus dulces cantos á la armonía
primaveral.

—

Bajo la hierba tupida y alta
chirrea el grillo, zumba el moscón;
brota entre piedras
fuente que salta,
y entre las hiedras,
la lagartija que el tronco esmalta,
se comba al sol.

—

Vuelan las aves hacia los nidos;
el aura el polen deja al pasar;
vibran, restallan
juncos unidos;
doquiera estallan
besos que llenan con sus rüidos
la inmensidad.

¡Qué hermoso el tiempo de los amores!
Es templo el bosque; ven junto á mí,
ven, y entre tantos
dulces rumores,
que nuestros cantos
«¡Hossana!»—digan—«¡mes de las flores!»
«¡Hossana, abril!»

EN EL BOSQUE

ESTAMOS en un templo. No temas; Dios nos mira,
en dondequiera se halla y vela por los dos;
es él quien nuestra frase apasionada inspira;
es él el que nos habla, cuando habla nuestro amor.

Acércate, ángel mío, acércate, y á solas
vaguemos al acaso, ¡qué bella estás, mi bien!
Parece que al mirarte las rojas amapolas
se inclinan en su tallo para besar tus pies.

¿Ves en los viejos troncos, venciendo los rigores
del implacable tiempo, señales de otra edad?
Son fechas que en antaño grabaron amadores
que en este bosque, á solas, vinieron á vagar.

¡Qué hermoso es lo que resta de dichas que pasaron!
¿Escuchas ese tenue, dulcísimo rumor?
Son besos de otros días, promesas que encontraron
en cada roca un eco, y un nido en cada flor.

¡Tus flores, primavera! ¡A qué que nos las niegues
si ha de llegar un día en que la luz del sol
alumbrará las rosas que en el sepulcro riegues,
donde gusanos sean los cuerpos de los dos!

NAVIDAD

NAVIDAD! ya ni recuerdos
me traes en tu serena
bruma, que esperanzas mías
arrebujó en otras épocas.

De los tiempos que pasaron
en mi alma quedó la huella,
como quedan en los mares
fosforescentes estelas.

Pronto ha de borrarse, pronto;
que historias, nombres y fechas,
son del árbol de la vida
hojas que el invierno seca;